

MUESTRARIO DE CRISTIANOS



EL SAMARITANO



“Pues anda, haz tú lo mismo» (Lc 10,37). La frase del Maestro se le quedó clavada como un dardo. Y clavada la lleva todavía. No será él quien se la arranque. Es el mejor recordatorio de lo que desde aquel día es su opción cristiana: ser un samaritano más. La cosa va en serio. El samaritano no descuida otras obligaciones, que las tiene,

pero vive en función del prójimo. Sus preferencias ya se sabe cuáles son: los pobres, los marginados, los enfermos, los solos, los atribulados de todo género. Lo saben, además, todos los necesitados del contorno. Es voz común que se puede contar con él. Incluso está dispuesto -y lo ha demostrado muchas veces- a olvidar sus ocupaciones.

Lo primero es el prójimo. Ese es el meollo de la parábola. No es que se le haya ocurrido a él. A él lo que se le ocurre es la cercanía, el interés, la solicitud, el cariño, que varían en cada caso. Más práctico que teórico, opina que hay que bajarse del burro, que hay que curar al prójimo, cargar con él a las espaldas, llevarle a la posada y gastar del propio dinero para que lo cuiden. Ese es, según él, el servicio completo (Lc 10,25-37).

Y si le preguntan qué es lo que tienen que hacer la Iglesia y los cristianos, responderá escuetamente: «El samaritano». Y se quedará tan fresco.